

LACALLE, DANIEL: *Técnicos, científicos y clases sociales*. Ediciones Guadarrama, 1976, 160 pp.

La incidencia del progreso técnico sobre las formaciones sociales es uno de los grandes problemas a dilucidar en nuestro tiempo. La técnica es no sólo un factor determinante de la evolución meramente industrial y científica, sino que además repercute sobre la estructura de la sociedad y sobre los diversos componentes de la misma.

Como ha escrito F. Díez del Corral al referirse al libro que vamos a recensionar, «a partir de la posguerra, y paralelamente a la transformación del sistema capitalista en sistema neocapitalista, las so-

ciudades industriales de Occidente pasan a convertirse en sociedades posindustriales». Este tránsito «*implica transformaciones estructurales profundas que se manifiestan, entre otras formas, en la aparición de un nuevo tipo de trabajador científico y en la complejización del tradicional esquema empleados-obreros-técnicos*» (1).

Quiere decirse, pues, que la presencia de la técnica es un dato condicionante para la modelación

(1) F. DÍEZ DEL CORRAL: *En la era industrial*, Semanario «Cambio 16», número 272, 21-27 de febrero de 1977, página 69.

y configuración de la sociedad. Se trata entonces de investigar en qué manera, de qué forma, hasta qué niveles, lo técnico se proyecta sobre lo social y lo rectifica y altera. La revolución científico-técnica, en virtud de la cual la ciencia pasa a erigirse en una de las fuerzas productivas, de este modo se nos presenta como uno de los presupuestos claves que importa descifrar y valorar a la hora de aproximarse a cualquier formación social de nuestro tiempo.

Daniel Lacalle, especialista en esta clase de temas (2), en la presente obra aborda la problemática sucintamente diseñada en las líneas anteriores, con una visión generalizada y al mismo tiempo referida expresamente a nuestro país partiendo de la base de que, desde el final de la segunda guerra mundial, el fenómeno más característico a nivel de las fuerzas productivas ha sido precisamente la revolución científico-técnica, cuyo rasgo más acusado es que la ciencia se perfila como «una fuerza productiva directa». Y al mismo tiempo se desencadenan, en el marco de las relaciones sociales, mutaciones que afectan al *status* de los trabajadores mediante «el surgimiento y crecimiento acelerado del trabajador científico-técnico, que proceden de un resquebrajamiento del profesional tradicional y de una progresiva complejización de las cualificaciones de los tradicionales empleados y obreros manuales».

(2) Vid., entre otras obras de este autor, *El conflicto laboral en profesionales y técnicos*, Editorial Ayuso, Madrid, 1975, 187 pp.

1. Científicos y técnicos en España

Para el autor, «el problema de la ciencia y la técnica en España en la actualidad, junto con el de los trabajadores científicos y técnicos, es inseparable, por estar condicionado por ellos, de los rasgos esenciales que caracterizan la base técnico-material de la sociedad española». Tales rasgos se pueden sintetizar de la forma que sigue:

a) Hay una quiebra absoluta de la agricultura, a la que acompaña el consiguiente despoblamiento y descapitalización de este sector.

b) En el sector de los servicios se produce una hipertrofia de los mismos que no se armoniza con el desarrollo equilibrado de nuestro sistema productivo, lo que ha provocado, dice Lacalle, «una terciarización excesiva y aberrante».

c) En los últimos quince años, nuestro desarrollo industrial se ha cimentado esencialmente en la utilización del taylorismo y el empleo abusivo de las horas extra.

d) Nuestro grado de monopolio es muy alto y además alcanza a todos los sectores principales de nuestra economía.

e) El crecimiento se ha planteado desde el ángulo puramente cuantitativo, por lo que cuestiones concernientes a la calidad de la vida han quedado marginadas, y, por lo que afecta a la Administración Pública, «aparece totalmente destecnificada, atada a procedimientos rutinarios», siendo su grado de mecanización y automatización muy bajo.

f) Los desequilibrios regionales son en el país muy intensos.

g) Nuestra dependencia del capital extranjero, sobre todo del americano, es muy grande, lo que nos lleva primero a renunciar a una política científica y tecnológica independiente, y segundo a degradar las funciones de los trabajadores científicos y técnicos.

h) La emigración de grandes excedentes de mano de obra ha permitido a las clases dominantes liberarse de las tensiones que pudieran haberse desatado al existir índices muy significativos de paro.

i) Como resultado final, la revolución científico-técnica no posee entre nosotros raíces propias.

2. Los técnicos y la sociedad

Tras las ideas expuestas en las que Daniel Lacalle apunta los rasgos más típicos de la situación española, el autor entra en el estudio de los técnicos y su inserción en la sociedad, reproduciendo en el libro dos artículos, el primero titulado «Sobre los técnicos», aparecido en los números 180 y 182 de la Revista *Mundo Social* (correspondientes a octubre y diciembre de 1970), y el segundo «Los técnicos y la sociedad», publicado en el extraordinario XXVII de *Cuadernos para el Diálogo* (octubre de 1971).

EL «STATUS» DE LOS TÉCNICOS

Para el autor, la irrupción de la técnica genera una serie de cambios estructurales en el ámbito del personal asalariado al tiempo que

origina una serie de diferencias respecto a la empresa de cuño tradicional. Así tenemos que, mientras la agricultura disminuye en términos absolutos, la industria y los servicios se expansionan; simultáneamente disminuye relativamente el número de trabajadores manuales y aumenta en términos absolutos el contingente de trabajadores intelectuales y administrativos (técnicos en el sentido más amplio de la palabra); la dependencia de estos trabajadores, tanto manuales como intelectuales, respecto a un salario se afirma con el paso del tiempo; el sector servicios puede dividirse en servicios a la producción (oficinas de racionalización, ingeniería, etc.) y servicios al consumidor y para la realización de los productos (ventas, etc.), y, finalmente, la complejidad y pormenorización de los procesos productivos supone la necesidad de una mayor preparación por parte del conjunto de los asalariados.

De esta descripción de nuevos planteamientos la consecuencia más decisiva que se puede extraer, a juicio de Lacalle, es que se asiste a una identificación esencial de todos los trabajadores asalariados, técnicos en general y técnicos con poder de decisión. En otras palabras, el técnico no puede ser enjuiciado desde un prisma estático que nos sirva para equipararlo al obrero o al empresario tradicionales, sino que, con una contemplación dinámica del tema, «los técnicos, capa social tradicionalmente minoritaria y pequeño-burguesa en sus concepciones, están convirtiéndose en una gran masa a la

que la ideología anterior ya no le vale ni le resuelve sus problemas cotidianos» y, por lo mismo, «son una capa social en trance de proletarización».

Teniendo en cuenta lo anterior, es evidente que se advierten tendencias muy fuertes a la unificación del trabajo a realizar, con la consiguiente aproximación de todos los trabajadores y asalariados. En un sistema socialista, la formación del nuevo tipo de trabajador es impulsada pero, en el capitalismo, aún se sostiene la escisión entre trabajador manual e intelectual a fin de que éste siga manteniendo sus privilegios. De acuerdo con esta escisión, lo que ocurre es que la estratificación social se intensifica y, de un lado, tenemos un infraproletariado sin cualificar, con ingresos muy bajos, integrante de la llamada «cultura de la pobreza»; y, de otro, estamos ante un proletariado de trabajadores cualificados de las más diversas procedencias con acceso a un nivel de renta bastante elevado y con un bagaje importante de conocimientos. Sin embargo, según el autor, «esta situación es totalmente artificial e inestable», desde el momento mismo en que «ambas capas participan de un mismo sentimiento, el de la inseguridad».

Por lo que se refiere, concretamente, al trabajador técnico que es el que ocupa el nivel más alto del mencionado proletariado de trabajadores cualificados, la inseguridad, la frustración, la marginación en el seno de la empresa cada día le asedian más. Su masificación es bien palmaria, se proletariza a marchas forzadas «por lo que su

salario comienza a intervenir de forma decisiva en el costo del producto»; y él, por su parte, se ve obligado a ingresar en el mercado de trabajo como un asalariado más. Desde el punto de vista subjetivo, el técnico «sufre en directo las consecuencias de la irracionalidad del sistema, el despilfarro y la obsolescencia del mismo, lo cual impide que se realice en el trabajo, y hace que su trabajo sea, también, alienado».

Para enfrentarse a la situación, el técnico no puede adoptar posturas elitistas, conservadoras y puramente corporativas. Ha de aliarse con los demás asalariados que tienen problemas iguales o similares a los suyos, incorporarse a los mismos sindicatos y participar en las mismas negociaciones para fijar las condiciones de trabajo.

Si ahora nos referimos a España y al puesto del técnico en nuestra formación social, los datos que se pueden aportar sobre el grado de desarrollo científico y técnico entre nosotros son de signo pesimista y nos permiten llegar a la conclusión de que «vivimos, tanto a nivel de industrialización como de relaciones laborales, en una de las primeras fases del desarrollo capitalista, con reminiscencias manchesterianas, fase a la que se superponen restos feudales en la agricultura».

En relación con este panorama, el técnico en nuestro país se ha de hacer presente en un mercado de trabajo muy limitado, en el que la oferta es muy superior a la demanda, con lo que se provoca un gran problema social en el que nuestros técnicos de todo tipo, sean ingenieros, arquitectos, delineantes,

aparejadores, etc., son protagonistas muy directos. Al mismo tiempo, al ser importada la tecnología y muy fuerte la penetración del capital extranjero, la labor de los técnicos se degrada y pasa a ser de tipo secundario y subordinada a la vez que existe una discriminación notoria entre los técnicos españoles y los enviados por la casa matriz.

A la hora de explicitar las reivindicaciones de nuestros técnicos, por una parte hay que referirse a las que son equiparables a las que esgrimen los otros asalariados y a las que son peculiares de los técnicos. En cuanto a las primeras, hay que incluir en ellas las de tipo económico dado que *«al formar parte el sueldo del técnico del precio de costo del producto, la empresa tiende lógicamente a disminuirlo o estabilizarlo»*; siendo preciso, para contrarrestar el poder de las grandes empresas que son precisamente las que dominan el mercado, el establecimiento de sindicatos representativos al margen del poder público y de los partidos políticos. En lo que concierne a las segundas, como específicas de esta clase de trabajadores, se pueden mencionar las de a igual trabajo, igual salario; el reconocimiento por las empresas de los títulos, tanto académicos como profesionales; sistema de contratación y ascenso regido por criterios objetivos; contratación en documento de carácter legal firmado por las dos partes; exigencia de una formación continuada a cargo de la empresa; rechazo de la función del técnico como «puente» entre la empresa y los trabajadores, y, por

supuesto, de la de policía, vigilante u otra tarea similar; puesta a disposición de los técnicos de los medios precisos para evitar y prevenir los accidentes laborales, y regularización de las formas de retribución, suprimiendo el sistema de sobres, pluses voluntarios, etc., *«ya que es otra arma en poder de la empresa para facilitar el despido libre»*.

A modo de resumen, el autor, contemplando el caso de España y su nivel de tecnificación y aplicación de los medios tecnológicos y científicos modernos, afirma que, con los datos disponibles, se refuerza la conclusión de que hay una *«existencia de comunidad de intereses entre todos los asalariados»*, si bien *«la conciencia de la situación real y su futuro desenvolvimiento está, a niveles colectivos, mucho más atrasada que en los países capitalistas desarrollados»*.

VARIACIONES ESTRUCTURALES

Si ahora ampliamos el horizonte de nuestro análisis y nos adentramos más profundamente en las mutaciones que, como consecuencia de la industrialización avanzada, se están ocasionando en el proceso productivo y en las bases materiales-científicas del mismo, veremos cómo de manera simultánea tienen lugar una serie de variaciones que recaen sobre todos los trabajadores científicos y técnicos (investigadores y auxiliares, ingenieros, técnicos y cuadros en general).

Una vez más hay que referirse, como señala Lacalle, al *«hecho de-*

terminante» que es la conversión de la ciencia en una fuerza productiva directa, lo que entraña la pertenencia de nuestra generación a una época caracterizada por la revolución científico-técnica y en las que se destacan *dos hechos básicos* como son la liberación de la energía atómica y la automatización de los procesos productivos y los servicios.

Cuando se organizan y utilizan las fuerzas productivas, entre los hombres que intervienen en el proceso productivo surgen las denominadas relaciones de producción. En una sociedad poco complicada, donde prevalece el criterio de apropiación privada del beneficio, las relaciones fundamentales se dan entre propietarios de medios de producción (empresarios) y vendedores de fuerza de trabajo (trabajadores). Pero cuando la sociedad se torna más compleja y heterogénea, el propietario-empresario es imposible que organice, por sí mismo, la producción, al tiempo que decae la figura del «capitán de industria» para dejar paso a la del gerente; al tiempo que, debido a la automatización y a la inserción de la ciencia, la división del trabajo y las relaciones de cooperación en el marco de la empresa dejan de ser las mismas que las del capitalismo tradicional.

Así, el esquema tradicional burguesía-proletariado se modifica sustancialmente, aumentan los trabajadores intelectuales mientras se reduce el contingente de los puramente manuales y, en definitiva, cabe formular el siguiente nuevo esquema: en la *revolución industrial*, los empleadores eran los ca-

pitanes de industria y los empleados eran los trabajadores manuales; y en la *revolución científico-técnica*, los empleadores son ya los consejeros y los gerentes, mientras que los trabajadores pasan a serlo los científicos y técnicos, los trabajadores cualificados y empleados y los trabajadores no cualificados.

A partir de esta ordenación profesional, estamos ya en condiciones de definir lo que es un técnico y un científico. Para el autor, primero, han de poseer unos conocimientos sistemáticos formalmente adquiridos; en segundo lugar, son verdaderos asalariados, y, en tercer lugar, ocupan un lugar intermedio en la pirámide tanto social como empresarial, situándose a mitad de camino entre los altos directivos de empresa y las oligarquías, de un lado, y los trabajadores no cualificados, de otro.

Cuantitativamente hablando, los técnicos y los científicos de año en año incrementan sus cifras. Mientras en 1900 ascendían tan sólo a 1.500.000 en todo el mundo, para el año 2000 tal cifra alcanzará los 25 millones; y, por ejemplo, en los Estados Unidos actualmente el 10 por 100 de la población activa son ingenieros. Y si queremos conocer los datos referentes a España, aunque son menos espectaculares que los de otras naciones más avanzadas, son también indicativos de la importancia del problema y de las tendencias muy similares a las de otros países más desarrollados. A la vista de las estadísticas disponibles, se deduce que el número de científicos y técnicos españoles crece no sólo de

forma absoluta sino también relativa con lo que, lógicamente, el salario de unos y de otros pasa a convertirse en una parte determinante del costo de producto sea bien o servicio; mientras que el mencionado crecimiento cuantitativo hace que los técnicos y los científicos ingresen necesariamente en el mercado de la fuerza de trabajo, regido por la ley de la oferta y la demanda.

Para la mejor comprensión del papel de los técnicos y los científicos, hay que tener presente el proceso de terciarización de la sociedad, dado que, con referencia a España, el sector de los servicios es no sólo el que emplea una mayor proporción relativa de técnicos (el 25 por 100 del total de asalariados del sector), sino el que emplea mayor número de los mismos en términos absolutos (65 por 100, frente al 28,5 por 100 de la industria y el 6,5 por 100 en la agricultura).

En todo caso, como advierte acertadamente Lacalle, hay que evitar el error de unir la terciarización «a la cada vez más fuerte industria manipuladora del ocio, a la organización masiva de sectores dirigidos a la expansión del consumo o al aumento de la burocratización en todos los niveles», ya que también hay que ligarla a las exigencias nuevas y originales de la producción (servicios a la producción cristalizados en empresas de informática, proyectos e ingeniería, consultores, de formación de cuadros, etc.) y a los servicios crecientes al ciudadano (como los sanitarios, los de enseñanza, etc.). Por tanto, «en contra de lo que

superficialmente pudiera pensarse, el proceso de terciarización—resalta el autor—va ligado a una etapa de absoluta primacía de la producción», y es precisamente en esta esfera de la producción en la que se desencadenan los enfrentamientos más intensos lo mismo entre grupos de presión que entre las diversas clases y capas antagónicas.

REIVINDICACIONES

En el caso de los técnicos, en cuanto que su existencia aparece conformada por unas determinadas relaciones de producción y en la medida en que su modo y nivel de vida se deriva de su forma de trabajo y de la retribución percibida por el mismo, sus reivindicaciones fundamentalmente se refieren a dichas relaciones, al trabajo mencionado.

Previamente, sin embargo, conviene recordar que el técnico, en realidad, es un *trabajador intelectual asalariado*, porque su fuerza de trabajo se compone esencialmente de sus conocimientos y porque vive de un salario fijo. Ello conlleva que, a la hora de fijar sus reivindicaciones, éstas no alcancen siempre a ser bien comprendidas incluso por los propios interesados por cuanto se presentan «*relativamente sofisticadas*»; y que, al encontrarse el proceso de proletarización y masificación de los técnicos en sus balbucesos iniciales, tiene lugar «*un fuerte retraso entre la situación real y la conciencia de esta situación*» por parte de los individuos afectados.

Las reivindicaciones pueden dividirse en dos bloques: las de naturaleza laboral y las de naturaleza profesional. A su vez, las primeras se refieren o a todos los trabajadores, por lo que son generales o comunes, o sólo conciernen a la capa profesional y laboral que nos ocupa.

Entendiendo por reivindicaciones laborales las que *«derivan, de una forma natural y directa de las relaciones empresa-trabajador y que surgen de la práctica cotidiana de trabajo»*, dentro de las calificadas como comunes hay que incluir el salario, ya que el deterioro del nivel de vida por causas inflacionarias incide directísimamente sobre quienes perciben rentas fijas y, por otro lado, para estos trabajadores el sueldo efectivo suele ser casi el doble del salario reconocido como tal a efectos, por ejemplo, de la Seguridad Social. Y asimismo hay que englobar en este grupo las reivindicaciones que demandan *«vías operativas de negociación por medio de una representación auténtica»*, con la implantación de sindicatos horizontales representativos, al margen del poder y los partidos.

En el ámbito de las reivindicaciones laborales específicas de los técnicos, se pueden colocar las surgidas de su modo de contratación, ya que se suele llevar a efectos de forma irregular e inconcreta, lo que les perjudica a la hora de reclamar frente a la empresa, *«quedando el técnico indefenso frente al despido y a cualquier tipo de represión»*.

Conexionado con lo anterior, está la necesidad para el técnico de entrar en las negociaciones co-

lectivas (convenios colectivos) para plantear sus solicitudes de forma más adecuada y para que todos los aspectos relativos a su retribución queden debidamente matizados y concretados. En este sentido, escribe Lacalle, el sistema de las remuneraciones ocultas (sobres, gratificaciones, etc.) *«no es más que un arma de separación en manos de la empresa, y un elemento de retribución indiscriminada que permite los mayores abusos y arbitrariedades»*.

Dos cuestiones *«acuciantes»* para el técnico son la Seguridad Social y las horas extra. La primera lo era ya que no participaba en la Seguridad Social con plenitud de derechos y beneficios, al estar excluido de la prestación de la asistencia sanitaria, si bien este objetivo ya ha sido alcanzado. Y por lo que toca a las horas extraordinarias, sucede que son muchas las que el técnico trabaja pero no cobra, por lo que nos encontramos ante *«uno de los mayores fraudes generalizados»* que se practican en el mundo de la empresa.

Otro punto específicamente peculiar de los técnicos a reivindicar por ellos es el que, por parte de las empresas, se les limite su responsabilidad a funciones estrictamente técnicas y no represivas, liberándole de otras tareas, de vigilancia y similares, que no son de su incumbencia.

Si pasamos ahora a las reivindicaciones profesionales, tenemos las que atañen al reconocimiento de los títulos sean académicos o no; las que derivan de los métodos de selección y promoción que son *«totalmente arbitrarios e irra-*

cionales»; las procedentes de la situación del técnico en la empresa para que el técnico cumpla los cometidos que realmente le corresponden, para que su trabajo sea acorde con sus conocimientos y para que se le otorgue la necesaria autonomía y descentralización a la hora de adoptar decisiones; y las que comprenden la exigencia de que se les proporcione una formación permanente que le permita estar al día en su profesión.

Hay dos aspectos finales que están plenamente insertos en la problemática de los técnicos. En cuanto a la seguridad e higiene en el trabajo, dadas las extraordinarias proporciones que los accidentes laborales alcanzan en nuestro país, *«el técnico debe luchar contra la postura procedente en general de técnicos superiores, de que los accidentes son inevitables y un tributo pagado al progreso, para exigir que la empresa ponga en sus manos todos los medios técnicos y financieros que necesita a fin de prevenirlos y evitarlos»*. Sobre el otro aspecto, la dependencia de la tecnología extranjera, *«implica una serie de distorsiones políticas, económicas y sociales que afectan no sólo a los técnicos, sino al total de la sociedad»* y sus consecuencias entre nosotros son bien conocidas: endeudamiento del país, situación precaria y debilitada de nuestra investigación, indefensión frente a las invasiones del capital extranjero, burocratización de la actividad de técnicos y científicos y la consiguiente situación discriminada e infravalorada de los mismos.

En un punto tan vital como éste de la colonización tecnológica, el técnico, a juicio del autor, *«debe superar un planteamiento estrictamente economicista y estático del problema»* para pasar a cristalizar sus reivindicaciones de forma más ambiciosa y global que van desde la lucha contra la implantación de tareas burocráticas hasta exigir igualdad de oportunidades respecto al técnico extranjero en su formación y reciclaje, pasando por la realización de una política científica nacional de la que, en la actualidad, carecemos.

3. El profesional y su crisis

Nuestro país asiste hoy a la irrupción en la escena social de numerosos colectivos profesionales (médicos, abogados, profesores, funcionarios, etc.) descontentos de su situación que se deteriora día tras día y de la eficacia de sus respectivas asociaciones para hacer frente a los problemas acumulados de forma acelerada y creciente.

LA CRISIS DE LOS HOMBRES

El profesional vive inmerso en una crisis que no es exclusiva de nuestra sociedad, sino inherente al capitalismo. *«Tiene su base fundamental—concreta el autor—en los profundos cambios cuantitativos y cualitativos sufridos por las profesiones en general y los profesionales en particular, en su status dentro de la sociedad y de acuerdo con las nuevas necesidades y ca-*

racterísticas de éstas provocadas por el avance de las fuerzas productivas en la época de la revolución científico-técnica.»

El profesional de corte tradicional procede de la época en que se entrecruzaron la revolución industrial inglesa y la revolución francesa, época que Hobsbawm ha caracterizado como «de carrera abierta al talento». Cuatro caminos se abrían a la juventud: los negocios, los estudios universitarios, el arte y la milicia, de los cuales los dos últimos presentaban unos rasgos muy singulares, mientras que de los dos restantes el camino del estudio aparecía, por varias causas, más atractivo que el de los negocios.

A su vez, dentro de los estudios eran tres las opciones más importantes a considerar: la Administración Pública, la política y las profesiones liberales. Teniendo en cuenta que la política, por lo general, es una senda que pasa previamente por las otras dos, se justifica que sólo haya que fijarse en éstas. En lo que se refiere a la actividad gubernamental o pública, «el período posnapoleónico» se destacó en toda Europa por la expansión de la Administración Pública y del aparato estatal, por lo que, a la juventud, se le brindaba un amplio campo de actuación y de presencia. Y en lo relativo a las profesiones liberales, sobre todo en las ramas de la medicina y la abogacía, su desarrollo se produjo de manera extraordinaria como lo demuestran algunas estadísticas de la época.

El panorama que tenía ante sí la juventud era, pues, brillante y

fácil, al ser relativamente cómodo el obtener un título superior o acceder a los cuadros de la Administración. Surgieron, al impulso de las circunstancias, los colegios y corporaciones, mientras se delineaban los perfiles de los Cuerpos más selectos de funcionarios, alcanzándose por entonces las cotas más elevadas de prestigio, tanto para unos como para otros.

Con el paso de los años esta visión optimista y favorable se ha ido alterando y, como subraya Lacalle, «*la situación del profesional en la segunda mitad del siglo XX difiere esencialmente del cuadro descrito*», debido a que ha aumentado excesivamente el número de profesionales y a que la mayoría de ellos se han convertido en verdaderos asalariados.

A estas dos notas predominantes hay que añadir otras. En primer término, la posición económica del profesional se rebaja cada vez más. En segundo lugar, las relaciones empleador-empleado profesional, que antes eran de trato directo y solución personal a cada problema, ahora se vuelven impersonales, ya que los grupos empresariales son de grandes dimensiones. En tercer lugar, los aumentos cuantitativos hacen que los salarios del profesional repercutan directamente en el costo de los productos, de donde nace el esfuerzo de los patronos para disminuir hasta donde sea posible los salarios. Finalmente, el profesional que antaño figuraba adjunto a la dirección y era responsable de la marcha de la fábrica, ahora pasa de una forma u otra a una situación que «*se pue-*

de considerar de productor de plusvalía».

A estas calificaciones, con referencia expresa a España, hay que añadir el tremendo problema del paro y del subempleo que tiene hoy caracteres alarmantes y angustiosos. Las estadísticas disponibles arrojan cifras muy serias de paro en nuestros profesionales como consecuencia, sobre todo, del desajuste entre aumento de la población activa y aumento del empleo; coyuntura ante la que no queda más salida que la de la emigración a otros países o el pase a la fila de los hombres sin trabajo.

Ante este estado de cosas, que dista mucho del horizonte brillante de otros tiempos no todos los profesionales son conscientes de que las cosas están cambiando y prefieren seguir aferrándose a concepciones elitistas privilegiadas arcaicas que ya no sirven. En lugar de ir hacia una integración con las demás clases sociales a las que el proceso social acerca inexorablemente por encima de distinciones ya caducas, muchos profesionales no se resignan a aceptar los nuevos signos de los tiempos y a nivel individual, y dentro de sus respectivos colegios y corporaciones, apuestan por soluciones conservadoras y reaccionarias a fin de mantener a toda costa su posición de privilegio.

LA CRISIS DE LAS CORPORACIONES

Por razones obvias, la crisis de los profesionales se traslada a las organizaciones que los cobijan y defienden. Dentro de ellas, y los ejemplos al respecto son muy nu-

merosos y recientes entre nosotros, las posturas se dividen entre los que pretenden adecuar su práctica y ejercicio profesionales a las nuevas realidades y los que quieren resolver los problemas con el recurso fácil de ignorar los fundamentos reales y tangibles de los mismos, llegando *«a posturas ideológicas regresivas y malthusianas, basadas en la autodefensa de privilegios y, por tanto, eminentemente reaccionarias».*

En su concepción tradicional, los organismos profesionales se tipificaban por su carácter corporativo y exclusivista, para la defensa del *status*, los privilegios, las sinecuras, etc., de sus miembros, por lo que servían para la selección de elementos dirigentes y para ejercer un amplio control sobre los componentes de la respectiva profesión. Este cuadro de comportamientos, a su vez, se asentaba sobre los siguientes criterios orientativos: el de la suposición de una homogeneidad interna de la profesión y el de la identificación entre los intereses de los profesionales y los intereses de la sociedad.

Quando, como se ha explicado más arriba, la crisis de los profesionales se consolida debido a su masificación y proletarización, se produce el choque entre las dos mentalidades, la antigua y la actual. *«Así, la proletarización —proclama el autor— es totalmente incompatible con la concepción de la profesión liberal, a la vez que la masificación no encaja con la defensa de privilegios y status exclusivos, por principios minoritarios, y aleja cada vez más las posibilidades de promoción existen-*

tes en las corporaciones; de este modo, el mecanismo de control social se agudiza, y la supuesta homogeneidad de cada profesión se rompe, convirtiéndose las prerrogativas de la profesión en prerrogativas de unos pocos—los situados—de la profesión.» Como resultado inevitable y esperado, la corporación, como grupo de presión, tiende a extinguirse y aparecen diferentes grupos y concepciones dentro de la propia corporación, cuya ineficacia, por otra parte, se detecta con mayor claridad cuando tiene que afrontar un problema capital para los profesionales, como es el del paro.

Ante estos hechos, ¿cómo reaccionan los propios interesados? Hay tres alternativas: la primera, según la cual los profesionales han de abandonar sus organizaciones para plantear sus reivindicaciones en los centros de trabajo, bien en forma individual o en forma colectiva; la segunda, que entiende que el profesional debe plantear sus reivindicaciones exclusivamente a través de su corporación, «con lo que, dada la posibilidad de las mismas, se desemboca en una perpetua frustración y en derivaciones netamente corporativistas», y la tercera, para la que deben combinarse las dos posturas anteriores, como se deduce de varios documentos que el autor cita y analiza detalladamente, reconociéndose «la situación de asalariado del profesional y la crisis general por la que atraviesa la concepción tradicional de los mismos».

Dichos documentos se centran en la exposición de tres temas, como son la organización interna,

problemas profesionales y laborales y proyección hacia el exterior de las organizaciones a que nos venimos refiriendo. Y, resumiendo su contenido que, en ocasiones, se caracteriza «por el elevado grado de inmadurez», los nuevos profesionales resaltan la reforma y reactivación de sus corporaciones, el conocimiento de su puesto en la sociedad, la participación en la política educativa, el problema del paro y, por parte de los ingenieros, el de la política científica.

EL CORPORATIVISMO

Un último tema a tocar es el del corporativismo que se nos presenta «como un freno al desarrollo social» y como «un elemento ideológico, regresivo», por cuanto que, frente a las tendencias apuntadas según las cuales el profesional está inserto en un proceso de masificación-proletarización que le lleva a acercarse más a la clase obrera e incluso a la constitución de una clase que abarque a todos los asalariados, la mentalidad corporativista quiere impedir esta evolución manteniendo a los profesionales alejados y distantes de las otras clases sociales.

No siempre el corporativismo se hace visible y placentero, pero sus manifestaciones siguen generándose si nos fijamos en los programas de actuación y en los planes de actividades de algunas corporaciones. Una muestra muy real la tenemos en las diferentes maneras de *lucha contra el intrusismo* al que, muchas veces, se apela como un falso pretexto para justificar

males que son mucho más profundos. Y otra muestra es la defensa de la política del «*numerus clausus*» que se conecta con posturas elitistas sin razón de ser en la actualidad.

En un intento de síntesis, cabría afirmar que si el profesional actual es un asalariado, su lugar de actuación deberá ser el sitio de trabajo, fábrica u oficina de servicios. No obstante, por causa de una serie de condicionantes es factible el planteamiento de ciertos problemas a través de las organizaciones corporativas que deberán, antes de nada, ser democratizadas. En todo caso, para abordar los grandes problemas de los profesionales las corporaciones son instrumentos que no sirven y han entrado en una crisis irreversible por lo que hay que apelar a otros mecanismos de acción colectiva de clase para plantearlos y resolverlos.

4. Técnicos, científicos y clases sociales

El científico y el técnico son trabajadores cuya participación en la producción es fundamentalmente intelectual y podemos agrupar como tales a arquitectos, médicos, abogados, físicos, químicos, aparejadores, maestros, diseñadores, etcétera, siempre que no se dediquen al ejercicio libre de su profesión.

La dificultad surge cuando queremos fijar los límites de esta capa social para determinar dónde empiezan y dónde acaban lo que denominamos trabajadores científicos

y técnicos. Partiendo del hecho de que es imposible fijar aquéllos de manera definida y concreta, la única posibilidad es la de conocer la estructura funcional de la empresa industrial realizando en ella un corte vertical y otro horizontal en el conjunto de los trabajadores asalariados. Verticalmente, la estratificación sería la siguiente: peones, obreros especialistas, obreros cualificados, técnicos, ingenieros y cuadros; y en un corte horizontal tendríamos: obreros-empleados y cuadros-técnicos. Como se aprecia, no se ha localizado en ninguno de los dos cortes a los altos ejecutivos y directores, ya que su condición de asalariados puede ser fácilmente cuestionada.

A nuestros efectos, los técnicos y científicos ocupan la última categoría en el modelo de estratificación vertical (a excepción de gran parte de los denominados cuadros) y la categoría superior de los no manuales en el de estratificación horizontal. Por lo demás, es bien evidente que estos trabajadores no se dan en todas las formaciones sociales, sino que son sólo realidad, como dice el autor, «*en sociedades con características económicas, políticas y sociales peculiares y específicas, dentro de cambios y continuidades, progresiones y regresiones*».

HERRAMIENTAS METODOLÓGICAS

El empleo de éstas, sean unas u otras, permite captar en profundidad y matices las relaciones de los científicos y técnicos con el conjunto de la clase obrera, así como

su puesto y funciones en la estructura social. A tal fin, como se verá a continuación, los enfoques y sus implicaciones correspondientes son varios.

El primer enfoque nos llevaría a ver al científico y al técnico, en cuanto intelectuales que son, convertidos en *conciencia crítica de la sociedad*, con el inconveniente de que es aplicable lo mismo al asalariado que al intelectual liberal y se refiere tan sólo a las capas superiores a las que, de cualquier forma, contempla aisladas del proceso productivo.

Un nuevo enfoque, desarrollo del anterior, que nos muestra una concepción más sofisticada y acorde con el nivel vigente de las fuerzas productivas, es el de ver al científico y al técnico, una vez que han obtenido un cierto grado de conciencia de la realidad social, «*como el experto parte de un comité de cerebros que planteo opciones alternativas científicamente fundamentadas a los problemas de nuestro tiempo*».

El siguiente paso, no lineal respecto de los dos anteriores, es la concepción del *intelectual orgánico* como antítesis al intelectual a que nos hemos referido ya. En cuanto aquél está estrechamente vinculado al trabajo intelectual, este enfoque sintoniza más con las circunstancias actuales si bien permanece muy ligado a la época del taylorismo y se conecta a la práctica teórica de las distintas clases sociales y no a la condición de asalariado o a la falta de la misma, lo que es irrelevante.

Otro enfoque, apenas esbozado y poco desarrollado, es el del *pro-*

letariado ingenieril que si, de un lado, presenta la ventaja de resaltar la condición de asalariado, por otro tiene el inconveniente de mirar sólo a las subcapas superiores del mismo.

El último paso es el del trabajador *científico y técnico* tal como viene siendo perfilado a lo largo de esta exposición y que es propio de la revolución científica de nuestro tiempo en la que la ciencia juega un papel de fuerza productiva directa.

No hay que olvidar, por lo demás, la tendencia a la creación de una *clase obrera del futuro* que «*sería una superación dialéctica de los actuales trabajadores manuales y trabajadores científicos y técnicos*» y que sólo será posible en un marco en el que se hayan superado la división social del trabajo y se haya reducido al mínimo la división técnica del mismo.

LOS CAMBIOS EN LA ESTRUCTURA SOCIAL

En la estructura social del capitalismo de competencias las figuras más representativas son, por un lado, los empresarios que se significan como capitanes de industria y, de otro, los trabajadores manuales con lo que tenemos una estructura simple y poco compleja.

Por el contrario, en la estructura social del capitalismo monopolista de Estado la complejidad es notoria y tienen lugar sustanciales modificaciones. Tenemos así, en el plano empresarial, los directores y consejeros, mientras que en el plano opuesto, el de los trabajadores,

se sitúan los científicos y técnicos, los trabajadores cualificados y los trabajadores no cualificados. Es decir, el empresario capitán de industria se eclipsa y es reemplazado por el equipo de directores y consejeros con lo que, a una dirección individual, la sustituye una dirección colegiada. Y también el trabajador manual, como un grupo único, da paso a tres subgrupos básicos como son los antes citados.

Los esquemas anteriores, pese a su interés, deben ser ampliados para llegar a una mejor identificación del fenómeno de los cambios sociales y, como escribe Lacalle, «*la bipolaridad del modo de producción, la reducción de toda la estructura a dos clases básicas, pueden hacernos llegar a perder —de hecho ha sucedido muy frecuentemente— el sentido de la realidad*». De ahí la necesidad de dar un salto en el análisis para perfilar el esquema de las formaciones sociales, la de tiempos pasados y la actual, que engloban el total de la organización social, con lo que tendríamos los nuevos esquemas. En las formaciones sociales en el *capitalismo de competencia*, se destacan las clases dominantes con los terratenientes, empresarios y altos políticos; a continuación las clases medias que engloban los pequeños comerciantes, artesanos, profesionales liberales, campesinos y funcionarios, y, en el último peldaño, las clases dominadas, donde se incluyen los obreros agrícolas e industriales. En las formaciones sociales en el *capitalismo monopolista de Estado*, a la cabeza está la oligarquía con la alta burocracia estatal, consejeros, banqueros,

propietarios y la alta dirección empresarial; y, debajo, el resto de la población con una clase media tradicional formada a base de pequeños y medios industriales, tenderos, artesanos, profesionales liberales y pequeños y medios campesinos, y con los trabajadores asalariados en los que se abarcan los científicos y técnicos, trabajadores cualificados, vendedores, oficinistas, funcionarios, trabajadores no cualificados, trabajadores estacionales, trabajadores de edad, minorías oprimidas y otros subgrupos diversos.

Comparando los esquemas de las dos formaciones sociales, fácilmente se descubren dos cambios fundamentales. Primero, la entrada en descomposición de las clases medias tradicionales, aunque no su desaparición, que pasan a una dependencia total de las oligarquías. Y segundo, el incremento excepcionalmente alto de las categorías que integran el conjunto de los trabajadores asalariados.

LEYES DEL PROCESO

Dentro del panorama de cambios reflejados en los esquemas precedentes, sobresalen esencialmente el de la terciarización de la sociedad con el consiguiente crecimiento de la población dedicada a actividades de servicios y el de la masificación-proletarización de los científicos y técnicos. Respecto a este segundo cambio, importa localizar las posibles leyes generales apelando, entre otras, a la aportación de De Solla Price, que ha obtenido una serie de leyes generales

rectoras del proceso de desarrollo histórico de la ciencia y que, completadas con las procedentes de otros estudios, nos permiten delimitar el proceso en estudio y caracterización.

En primer lugar, el número de trabajadores científicos y técnicos crece de forma exponencial e incluso está demostrado que a cada duplicación de la población corresponde, al menos, una triplicación del número de científicos. En segundo lugar, hay que resaltar el carácter no uniforme, desigual, de ese desarrollo exponencial. Y, en tercer lugar, el porcentaje de asalariados dentro de la capa estudiada aumenta al aumentar el número de sus componentes, es decir, el movimiento de descenso relativo (porcentual) de los no asalariados va acompañado por un movimiento de descenso absoluto (numérico) de los mismos.

CUANTIFICACIÓN EN LOS DIVERSOS PAÍSES

En un país como los Estados Unidos, la estructura de la industria era, en 1960, como sigue: un ingeniero, 81 técnicos y 100 empleados y trabajadores directos, mientras que el ritmo de crecimiento en profesionales y técnicos que, en el período 1947-1964, había sido el 4,9 por 100, se calculaba que para la década anterior a 1975 pasaría a ser del 5,7 por 100. Y si nos fijamos en un país menos desarrollado, caso de Italia, si en 1960 tenía un técnico por cada 25 obreros, se esperaba llegar a uno de cada 7 en 1975.

Para España, la situación presenta los siguientes rasgos básicos:

- Se produce un aumento absoluto y relativo de los efectivos de la fuerza del trabajo en los sectores industriales y servicios, acompañado de un descenso absoluto y relativo de esos efectivos en la agricultura.
- Se ocasiona un aumento absoluto y relativo del número de asalariados acompañado de un descenso absoluto y relativo del número de empleados; dentro del grupo específico de los trabajadores científicos y técnicos, esta situación se refleja en un aumento absoluto y relativo del número de asalariados y un descenso absoluto y relativo del número de dedicados al ejercicio libre de su profesión.
- Se produce un aumento absoluto y relativo del número de obreros cualificados, acompañado de un descenso absoluto y relativo del de obreros no cualificados.
- Finalmente, existe un aumento absoluto y relativo del número de técnicos dentro del aumento absoluto y descenso relativo del número de obreros y empleados.

Con las estadísticas a la vista, cabe concluir que *«en nuestro país se producen aumentos porcentuales espectaculares en la capa estudiada (78 por 100 entre 1960-1970, 115 por 100 para la industria, 72 por 100 para los servicios), pero que estamos a gran distancia de*

las cifras absolutas y relativas a la estructura de la mano de obra en los países avanzados».

Conclusiones

Valorando cuanto se ha expuesto con anterioridad, no resulta difícil formular algunas conclusiones siquiera sean provisionales y sometidas a futuras revisiones.

Primeramente, no conviene perder de vista que, en la exposición, se han indicado tan sólo las tendencias típicas, dándose de lado el hecho de que diferentes sectores de los trabajadores estudiados se encuentran en fases diversas del proceso que ha ocupado nuestra atención.

En segundo lugar, hay que reseñar «*el retraso de la conciencia de los hechos sobre los hechos mismos*» y ello no sólo entre los propios afectados, sino también entre los obreros en general y el resto de las clases, grupos y capas de la sociedad.

En tercer lugar, la justificación del empleo de la palabra proletarización exige detenerse en esta cuestión, puesto que el simple hecho de depender de un salario no justifica el empleo del término como tampoco lo justifica la gran cantidad de personas a la que se aplica. Para el autor, son esos dos rasgos, unidos a otros secundarios y menos destacados, pero también importantes, los que inducen a manejar el término proletarización en la forma propuesta en el libro.

Una serie de rasgos ya descritos, como la división creciente del trabajo intelectual, la deterioriza-

ción de las condiciones de trabajo, el sometimiento a una rigurosa disciplina empresarial, etc., inducen a que los trabajadores científicos y técnicos se agrupen, colectivamente, para afrontar la problemática que tienen ante sí. La vía meramente corporativista y tecnocrática a corto plazo puede tener algún éxito, pero con mirada de futuro sus posibilidades son escasas. De ahí que la otra vía, la otra alternativa que se apoya en la incorporación de estos trabajadores a la clase obrera general, sea la más prometedora y eficaz pensando en el porvenir. Si los problemas de la clase obrera son hoy el derecho a un puesto de trabajo, la exigencia de una remuneración justa, la realización de un trabajo acorde con las aptitudes personales, la libertad para efectuar el trabajo y la participación en las decisiones, esos mismos problemas, concluye Lacalle, son los que presionan sobre los científicos y técnicos ya trabajen en el ámbito privado o pertenezcan a los cuadros públicos.

* * *

La obra reseñada, sin perjuicio de sus limitaciones, representa una importante aportación al estudio de nuestra estructura social. Los temas que el autor desarrolla son de viva actualidad entre nosotros y sirven para iluminar facetas esenciales de nuestra realidad en lo que atañe, sobre todo, a la repercusión de la ciencia y la técnica sobre el conjunto de la sociedad española.

En el centro de la atención del autor están los trabajadores cien-

tíficos y técnicos sobre los cuales gira hoy toda una gama de cuestiones planteadas acerca de su situación y de su inserción en la trama de las diversas clases sociales. Aunque la utilización del término «proletarización» no sea correcta ni la condición de asalariado entrañe necesariamente la de proletario, como recuerda F. Díez del Corral al comentar brevemente el libro en la revista «Cambio 16», la interpretación que da el autor a la nueva situación en que se encuentran los técnicos y los científicos parece acertada y, entre otras cosas, sirve para poner al descubierto los tremendos problemas que asedian a estos trabajadores en nuestro país y de los que recibimos información diaria en periódicos y revistas.

El paro, la pérdida del prestigio tradicional que han gozado muchas de nuestras carreras técnicas, el choque de mentalidades a la hora de enfrentarse a los desafíos de los nuevos tiempos, el oscuro panorama que se brinda a nuestros graduados y licenciados, la deteriorización del nivel económico que

implacablemente recae sobre este tipo de profesionales, son otras tantas vertientes de un estado de cosas realmente inquietante y que saca a la luz la difícil coyuntura por la que atraviesan grandes masas de jóvenes españoles.

Igualmente sugerente y de gran vigencia resultan las anotaciones del autor sobre la crisis de los profesionales y, sobre todo, de las organizaciones que los amparan, defienden y aglutinan. Nuestro país es buen testigo del desasosiego, la incertidumbre y la perplejidad en que se vienen debatiendo los grupos de profesionales libres a los que los cambios sociales han obligado a replantearse las líneas maestras de su actuación. Médicos, abogados, arquitectos, ingenieros, profesores, etc., son hoy profesiones en una encrucijada incierta y a las que la evolución del país impulsará a transformarse de raíz, dejando de ser actividades privilegiadas para pasar a ser ocupaciones de rango ordinario, sin el brillo y la gloria de otros tiempos.

VICENTE MARÍA GONZÁLEZ-HABA